

Olivier, que al parecer era su ministro, para que cogiese una pluma, y sin darle parte del contenido de los despachos, comenzó á dictarle las respuestas en voz baja, y éste las escribía con incomodidad arrodillado delante de la mesa.

Guillermo Rym todo lo observaba.

El rey hablaba tan bajo, que los alemanes no podían oír lo que estaba dictando, exceptuando algunas palabras aisladas y poco inteligibles, como:

—Mantener los sitios fértiles para el comercio y los estériles para las manufacturas...—Hacer ver á los señores ingleses nuestras cuatro bombardas, la *Londres*, la *Brabante*, la *Bourg-en-Bresse*, la *Saint-Omer*...—La artillería es la causa de que hoy se haga la guerra más juiciosamente...—Al señor de Bressnire, nuestro amigo...—Los ejércitos no pueden sostenerse sin tributos... etc. etc.

Poco después de las anteriores palabras levantó la voz:

—Pascua de Dios! el señor rey de Sicilia sella sus cartas con cera amarilla, como los reyes de Francia. Acaso hacemos mal en permitirselo. Mi caro primo de Borgoña no daba armas sobre campo de gules. La grandeza de las casas se consolida con la integridad de las prerogativas. Notad esto que digo, mae-se Olivier.

Otra vez decía el rey, examinando un paquete abultado:

—¿Qué nos reclama nuestro hermano el emperador? Recorrió con la vista la misiva, é interrumpía la lectura con varias exclamaciones:

—Ciertamente! la Alemania es tan grande y tan poderosa, que apenas parece creíble...—Pero no olvidemos el antiguo proverbio: el condado mejor es el de Flandes, el mejor ducado el de Milán y el mejor reino el de Francia. ¿No es verdad, señores flamencos?

Al mismo tiempo que Guillermo Rym se inclinó, también Santiago Coppenole, porque sintió halagado su patriotismo.

El último despacho hizo fruncir las cejas á Luis XI.

—¿Qué es esto? exclamó; ¡quejas y reclamaciones contra nuestras guarniciones de la Picardía!... Olivier, escribid inmediatamente al mariscal Ronault.—Que se relaja la disciplina.—Que los gendarmes, los guardias nobles, los arqueros y los suizos causan muchas vejaciones á los pecheros.—Que los soldados no se contentan con las comodidades que encuentran en casa de los labradores y los obligan á palos y á latigazos á que

vayan á buscar á la ciudad vino, pescado, especias y otros artículos...—Que el señor rey lo sabe.—Que estamos decididos á preservar á nuestros pueblos de estas estorsiones, de los robos y del pillaje...—Que no queremos, además, que ningún menestral, barbero ni escudero de guerra vaya vestido como un príncipe, de terciopelo ó de seda, ni que use anillos de oro...—Que estas vanidades son odiosas á los ojos de Dios...—Que Nos, que somos noble, nos contentamos con una ropilla de paño de á diez y seis sueldos la vara...—Que esos villanos bien pueden hacer lo mismo...—Mandadlo y ordenadlo... Dirigidla al señor Ronault, nuestro amigo.

Dictó el rey esta carta en voz alta, con tono firme y á pedazos. Apenas concluyó el dictado, abrióse la puerta y dió paso á un nuevo personaje, que entró desalentado en la estancia.

—Señor, señor! exclamó; ¡ha estallado en París una sedición popular!

Contrajóse el grave semblante de Luis XI, pero su visible emoción desapareció como un relámpago: contentando su agitación interior, dijo con fría severidad:

—¡Muy bruscamente entráis, compadre Santiago!

—Señor, es que hay una verdadera rebelión, repuso éste casi sin poder respirar.

El rey, que se puso en pié, le cogió por el brazo con violencia y le dijo al oído, de modo que él solo pudiese oírle, con cólera concentrada y lanzando una mirada oblicua á los flamencos:

—Calla, ó habla bajo.

El nuevo interlocutor le comprendió y le hizo en voz baja una relación espantosa, que el rey escuchaba con calma, mientras que Guillermo Rym hacía observar á Coppenole la cara y el traje del recién llegado, su capucha forrada, su capirote corto y su toga de terciopelo negro, que denunciaban á un presidente del Tribunal de Cuentas.

Apenas dió algunas explicaciones este personaje á Luis XI, cuando éste soltó la carcajada y dijo:

—De veras? Hablad alto, compadre Coictier. Por qué hablarme en voz baja? Nuestra Señora sabe bien que no tengo secretos para nuestros buenos amigos los flamencos.

—Pero, señor...

—Hablad en voz alta!

El compadre Coictier quedó mudo de sorpresa.

—¿Conque, repuso el rey, hay una in-

surrección de villanos en nuestra buena ciudad de París?

—Sí, señor.

—¿Y decís que se dirige contra el baile del palacio de Justicia?

—Eso es lo probable, contestó Coictier con voz balbuciente y aturdido del repentino é inexplicable cambio operado en las ideas del rey.

—¿Dónde se ha encontrado la ronda con los insurrectos? preguntó Luis XI.

—Dirigiéndose desde la Corte de los Milagros al puente del Cambio. Yo los he encontrado también al venir á cumplir las órdenes de vuestra majestad y he oído que gritaban: ¡Muera el baile del Palacio!

—Y qué quejas tienen de él?

—Van contra él porque es su señor, contestó el compadre Santiago.

—De veras?

—Sí, señor; los insurrectos son la pillaría de la Corte de los Milagros y que hace tiempo se quejan del baillío, de quien son vasallos. No quieren reconocerle ni como á justicia ni como á señor.

—Conque no! repuso el rey con sonrisa de satisfacción, que en vano se esforzaba en disimular.

—En todas las representaciones que hacen al Parlamento pretenden no tener más que dos señores: vuestra majestad y Dios, y el Dios de ellos debe ser el diablo.

—Vaya! vaya! dijo el rey, frotándose las manos de gusto y riendo con aquella risa interior que hace centellear el rostro. Por más que quería fingir, no podía disimular la alegría que le causaba esta nueva. Ninguno de los presentes acertaba este enigma, ni aun el mismo mae-se Olivier. Permaneció el rey silencioso unos instantes, pero contento. Después preguntó de repente:

—Son muchos los insurrectos?

—Sí, señor.

—Cuántos próximamente?

—Lo menos seis mil.

El rey, sin poder contenerse, exclamó:

—Bueno! Van armados?

—Sí; llevan hoces, picas, arcabuces, azadones y toda clase de armas ofensivas.

El rey no pareció inquietarse por la enumeración de dichas armas. Santiago Coictier añadió:

—Si vuestra majestad no envía pronto socorros al baillío, se verá perdido indudablemente.

—Los enviaremos, le contestó con fingida seriedad. El señor baillío es nuestro amigo. Se han reunido seis mil! Son decididos esos tunos. Su osadía es insensata y nos irrita sobremanera, pero esta noche tenemos poca gente disponible cerca de nuestra persona. Mañana por la mañana aun será tiempo de enviarla.

—Al instante, señor, gritó Santiago, porque sino saquearán la bailía, violarán la señoría y ahorcarán al baile. ¡Por Dios, señor, enviad antes que amanezca!

—Ya os he dicho que mañana por la mañana, le contestó Luis XI clavando en él los ojos. Aquella mirada era de las que no admitían réplica.

Después de una pausa el rey habló, preguntando lo siguiente:

—Maese Santiago, vos debéis saber esto: ¿cuál era... cuál es la jurisdicción feudal del baillío?

—Señor, el baillío del Palacio tiene la calle de la Calandre hasta la calle de la Herberie, la plaza de San Miguel y los lugares vulgarmente llamados los *Mureaux*, situados cerca de la iglesia de Nuestra Señora de los Campos, cuyos edificios son trece; además, la Corte de los Milagros, la Maladerie, y además toda la calzada, que empieza en ésta y concluye en la puerta de Santiago. De todo este recinto es señor de horca y cuchillo.

—Pascua de Dios! exclamó el rey, rasándose la oreja izquierda con la mano derecha; ¡no es mal pedazo el que posee de mi ciudad!... ¡El señor baillío era rey de todo eso!

Esta vez no se refrenó y continuó hablando consigo mismo, pero en voz alta:

—¡Ah, señor baillío, no teníais entre los dientes mal bocado de París! ¿Qué pretenden esas gentes, que se creen señores y amos en nuestros dominios? ¿que tienen su portazgo en todos los confines de la propiedad, su justicia y su verdugo en las plazas de nuestro pueblo? Así como el griego creía tener tantos dioses como fuentes, el francés cree contar hoy tantos reyes como patíbulos. ¡Vive Dios, que esto no puede ser, y semejante confusión me desagrada! Quisiera yo saber si es la voluntad de Dios que haya otro señor que el rey, otra justicia que nuestro Parlamento y otro emperador que Nos en este imperio. A fé mía que es ya necesario que llegue el día en que no haya en Francia más que un rey, un señor

un juez, un verdugo, así como en el cielo no hay más que un Dios.

Alzóse otra vez el borde del sombrero, siempre pensativo y con la expresión del cazador que halaga y lanza su trailla.

—Bien, pueblo mio! Bien! ¡Rompe esos falsos ídolos! Haz tu negocio, atrápalos, saquéalos, ahórcalos. ¿Quereis ser reyes? Pueblo, sus! á ellos! á ellos!

Interrumpióse á sí mismo de repente, se mordió los labios como para recoger el pensamiento que se le habia escapado, fijó un momento la penetrante mirada en cada uno de los cinco personajes que le rodeaban, y cogiendo de pronto el sombrero con entrambas manos y mirándolo con fijeza, le dijo:

—Te quemaria si supieses lo que pasa en mi cabeza.

Luego, paseando otra vez á su alrededor la mirada atenta é inquieta del zorro que vuelve cabizbajo á su madriguera, dijo:

—No importa! Socorreremos al señor bailío; por desgracia tenemos aquí poca tropa en este instante para tanto populacho y habrá que esperar hasta mañana; restableceremos el orden en la ciudad, y rebelde cogido, rebelde ahorcado.

—A propósito, señor; con la turbacion se me olvidaba deciros que la ronda ha cogido á dos insurrectos rezagados. Si vuestra majestad quiere verlos, ahí están.

—Si quiero verlos! ¿Cómo, Pascua de Dios, os olvidais de semejantes cosas? Id volando, Olivier, y traédme los acá.

Salió éste y volvió un momento despues con los dos prisioneros, que venian rodeados de arqueros de la guardia del rey. Tenia el primero cara de idiota, de borracho y de espantado. Iba cubierto de harapos y andaba doblando la rodilla y arrastrando el pié; el segundo era de rostro macilento y benigno, y ya le conoce el lector.

Examinóles el rey un momento sin hablar, y luego se dirigió bruscamente al primero, preguntándole:

—Cómo te llamas?

—Gieffroy Pincebourde.

—Qué oficio es el tuyo?

—Hampon.

—¿Qué ibas á hacer en esa maldita sedicion?

El hampon miró al rey, balanceando los brazos como un idiota. Poseia una de esas cabezas mal organizadas, en las que se halla la inteligencia tan holgada como la luz bajo el apagador.

—No lo sé, contestó. Iban ellos y yo tambien fui.

—¿Ibais á atacar y á robar á vuestro señor el bailío del Palacio?

—Solo sé que iba á robar una cosa en una casa, y no sé más.

Un soldado presentó al rey una hoz que llevaba el hampon.

—Reconoces esta arma? preguntó el rey.

—Sí, señor; es mi podadera; yo soy vendimiador.

—¿Reconoces á este hombre por tu compañero? añadió Luis XI señalándole al otro prisionero.

—No, señor; no le conozco.

—Basta, repuso el rey; y haciendo una señal con el dedo al silencioso personaje que estaba aun inmóvil delante de la puerta, le dijo:

—Compadre Tristán, ahí teneis un hombre para vos.

Inclinóse Tristán l' Hermite y dió en voz baja una orden á dos arqueros, que se llevaron al pobre hampon.

Mientras, el rey se acercó al otro prisionero, que sudaba copiosamente.

—Tu nombre? le preguntó.

—Señor, me llaman Pedro Gringoire.

—Tu oficio?

—Filósofo, señor.

—¿Cómo te has atrevido, bribon, á ir á atacar á nuestro amigo el señor bailío de Palacio y qué tenias que hacer en ese motin popular?

—Señor, yo no he tomado parte en el motin.

—Cómo, bellaco? ¿la ronda no te prendió entre esa gente?

—No, señor; ha sido una equivocacion y una fatalidad. Yo escribo tragedias. Suplico á vuestra majestad que me escuche. Soy poeta. Es propio de los hombres de mi profesion ir de noche por las calles. Yo pasaba casualmente por allí y me han arrestado equivocadamente. Soy inocente de esta tempestad civil. Ya vió vuestra majestad que el hampon no me conoció; aseguro á vuestra majestad...

—Cállate, le interrumpió el rey entre dos sorbos de tisana, que nos aturdes.

Adelantóse Tristán, y designando con el dedo á Gringoire, preguntó:

—Señor, ¿podemos ahorcar á éste tambien?

—Pchs!... no veo en ello inconveniente alguno, respondió el rey con indiferencia.

—Pues yo veo muchos, repuso Gringoire.

El filósofo estaba en aquel momento lívido. Por el continente frio y distraido del rey conoció que no le quedaba otro recurso que recurrir á un exabrupto patético: precipitóse á los piés de Luis XI, declamando con gesticulacion desesperada:

—Señor, dignese oirme vuestra majestad. No estalleis como el trueno contra un sér tan insignificante como yo. El rayo de Dios raras veces destruye á la pobre lechuga. Señor, sois un monarca augusto y poderoso; tened compasion de un infeliz hombre de bien que es incapaz de atizar una rebelion. Señor, la bondad es la virtud del leon y la del rey; el rigor solo consigue exasperar los ánimos; el soplo impetuoso del viento es incapaz de arrebatar la capa al caminante; pero el sol, hiriéndole pausadamente con sus rayos, le calienta de tal modo, que le obliga á quitarse la camisa. Señor, vuestra majestad es el sol. Lo juro, soberano mio; no soy un pícaro hampon, ratero y desordenado; la rebelion y las rapiñas no entran en la jurisdiccion de Apolo, y jamás me lanzaré á esos torbellinos que ocasionan sediciones ruidosas. Soy leal vasallo de vuestra majestad. Los celos que siente el marido por el honor de su esposa, el afan que el hijo tiene por el cariño del padre, debe sentirlos el buen vasallo por la gloria de su rey; debe sacrificarse por el servicio de su casa y por el aumento de esta gloria; tales son, señor, mis máximas de Estado. No me creais sedicioso y rapaz porque llevo la ropilla raida por los codos. Si me perdonais, señor, yo la romperé por las rodillas rezando á Dios día y noche por vuestra salud. No solo no soy rico, sino que soy pobre, pero vicioso no; esto no es culpa mia: todos sabemos que con las bellas letras no se adquiere la riqueza, y los que más se dedican á ellas no tienen mucho fuego para calentarse en invierno. Señor, la clemencia es la única luz que debe iluminar el interior de un alma grande; la clemencia lleva la antorcha delante de las demás virtudes, y sin ellas el hombre está ciego y busca á tientas á Dios. La misericordia, que es lo mismo que la clemencia, engendra el amor de los vasallos, que es la más poderosa salvaguardia de un príncipe. ¿Qué os importa, señor, que haya un pobre hombre más sobre la tierra? Además, señor, soy letrado, y la proteccion á las letras es una perla que los reyes añaden á su corona. Hercules no desdeñaba el título de

Musagetes; Matías Corbin favorecia á Juan de Monroyal, que fué el ornamento de las matemáticas. No es buen modo de proteger á las letras el ahorcar á los literatos. ¡Qué borron hubiera caido sobre Alejandro si hubiese hecho ahorcar á Aristóteles! Señor, yo he compuesto un notable epitalamio para la princesa de Flandes y para monseñor el augusto delfin; ya veis que estoy lejos de pensar en rebeliones. Ya vé vuestra majestad que no soy un estudiantillo, que he estudiado mucho y que poseo elocuencia natural. Perdon, señor! Si me perdonárais haríais una accion muy agradable á Nuestra Señora; os juro que me aterra la idea de que me ahorquen.

Hablando así besaba el desolado Gringoire los piés del rey, y Guillermo Rym decia por lo bajo á Coppenole:

—Hace bien de arrastrarse por el suelo: los reyes son como el Júpiter de Creta; oyen por los piés.

El calcetero, sin cuidarse del Júpiter del pensionado de Gante, le respondió sonriendo y fijando la vista en Gringoire:

—Me gusta verle así! Me parece estar oyendo al canceller Hugonet cuando imploraba mi perdon.

Cuando maese Pedro calló, por faltarle el aliento, alzó temblando la cabeza hácia el rey, que se ocupaba entonces en rascar con la uña una mancha que tenian sus calzas en las rodillas; luego bebió un sorbo de tisana; no hablaba y su silencio era el mayor tormento de Gringoire. Por fin le miró el rey.

—Terrible hablador! dijo. Volviéndose á Tristán, añadió:—Bah! Déjale!

Gringoire se estremeció de alegría.

—En libertad! gruñó Tristán. ¿Quiere vuestra majestad que le metamos en la jaula por unos dias?

—¿Crees, le dijo Luis XI, que para semejantes pájaros construimos jaulas de trescientas sesenta y siete libras, ocho sueldos y tres dineros? Suéltame al momento á ese liviano (Luis XI era aficionado á esta palabra, que, con la frase *Pascua de Dios!*, constituia el fondo de su jovialidad) y échalo á la calle, dándole una paliza.

—Sois, señor, un gran rey! exclamó maese Pedro, que, temeroso de una contraorden, se lanzó á la puerta, que Tristán le abrió de muy mala gana. Los soldados salieron con él, dándole golpes, que Gringoire sufrió como verdadero filósofo estoico.

Desde que anunciaron al rey la re-

vuelta contra el bailío, se veía en todo su buen humor. Esta desusada clemencia era una de las pruebas. Tristán estaba en un rincón, gruñendo en voz baja como un perro que vé un hueso y no se lo dan.

El rey entre tanto tocaba con los dedos sobre el brazo del sillón la marcha de Pont-Audemer. Este príncipe era solapado, pero ocultaba mejor sus penas que sus alegrías; sus manifestaciones exteriores de júbilo por cualquiera buena noticia eran exageradas algunas veces. Cuando murió Carlos el Temerario ofreció balaustradas de plata á la abadía de San Martin de Tours, y á su advenimiento al trono se olvidó de ordenar las exequias de su padre.

—¿Señor, preguntó de pronto Santiago Coictier, ha desaparecido ya la dolencia aguda por la que me mandásteis llamar?

—No, contestó Luis XI; padezco mucho: me zumban los oídos y siento punzadas de fuego que me rasgan el pecho.

Coictier pulsó al rey con aire de suficiencia.

—Mirad, Coppenole, le dijo Rym en voz baja: ahí teneis el rey con Coictier y con Tristán, que constituyen toda su corte; un médico para él y un verdugo para los demás.

Mientras pulsaba á Luis XI parecia el doctor cada vez más sobresaltado, y el ilustre enfermo le miraba con ansiedad. Como Coictier no poseía otra hacienda que la mala salud del monarca, la sacaba todo el jugo que podía.

—Estais grave, en efecto, dijo al fin.

—No es verdad? dijo el rey con inquietud.

—*Pulsus creber, anhelans, crepitans, irregularis*, continuó el médico.

—Páscoa de Dios!

—Antes de tres días puede este pulso concluir con el hombre.

—Jesús! exclamó Luis XI. Buscadme el remedio.

—En eso estoy pensando, señor.

Mandó sacar la lengua al anciano, meneó la cabeza, hizo un gesto, y en medio de sus contorsiones dijo de repente:

—Necesito deciros, señor, que hay una plaza vacante en el Patronato real y que tengo un sobrino.

—Doy la plaza á tu sobrino, pero sácame este fuego del pecho.

—Pues que vuestra majestad es tan clemente, no se negará á ayudarme á terminar la construcción de mi casa de

la calle de San Andrés de los Arcos

—Eh?...

—Se me acaba el dinero, prosiguió el doctor, y verdaderamente sería lástima no poder construir el techo, no por la casa, que es sencilla, sino por las pinturas de Juan Fourbault, que adornan el artesonado.

—Verdugo! murmuró Luis XI; ¿dónde vas á parar?

—Necesito cubrir con un techo dichas pinturas, y aunque no costará mucho, no tengo dinero.

—Sobre cuánto calculais?...

—Un techo de cobre pintado y dorado puede costar unas... dos mil libras.

—Asesino! exclamó el monarca.

—Cuento con el techo?

—Sí, y vete al infierno, pero cúrame.

Santiago Coictier se inclinó profundamente y dijo:

—Señor, un repercusivo os curará. Yo os aplicaré á los riñones el gran defensivo, compuesto de cerato del bol arménico, de clara de huevo y de aceite y vinagre; continuareis tomando la tisana y... respondo de vuestra majestad.

La luz que brilla no atrae á una sola mariposa. Maese Olivier, viendo al rey en vena de liberalidad, creyó aquel momento favorable y se acercó á su vez.

—Señor, le dijo...

—¿Qué ocurre? le preguntó Luis XI.

—Vuestra majestad sabe que ha muerto Simon Radin.

—Y qué?

—Lo digo porque era consejero del rey en la sala de justicia del Tesoro.

—Y qué?

—Señor, su plaza está vacante.

Diciendo esto, el rostro altivo de Olivier, en vez de la expresión de la arrogancia, adquirió el de la bajeza, únicas entre las que puede elegir el semblante de un cortesano. Miróle el rey fijamente y le dijo:

—Ya comprendo.—Luego continuó en otro tono:

—Maese Olivier, el mariscal de Boncicaut decía: "Para conceder mercedes el rey y para pescar el mar." Veo que pensais como dicho mariscal. Ahora oidme y vereis como tenemos muy buena memoria. El año 68 os hicimos nuestro ayuda de cámara; el 69 conserje del castillo del puente de Saint-Cloud, con cien libras tornesas de sueldo. El año 73 os instituímos conserje del bosque de Vincennes, en reemplazo del escudero Gilberto Acle; en el año 75 juez del bosque de Bouvraylez-Saint-Cloud, en

lugar de Santiago le Maire; el año 78 os concedimos, por medio de credenciales selladas con cera verde, una renta de diez libras parisíes, para vos y para vuestra esposa, sobre la plaza de los Mercaderes; os hicimos juez del bosque de Senart, en lugar de Juan Diaz; luego capitán del castillo de Loches; luego gobernador de San Quintin; luego capitán del puente de Meulan, del que os haceis llamar conde. De los cinco sueldos de multa que pagan los barberos que afeitan en el día de fiesta, tres son para vos y el resto para mí. Cambiamos vuestro apodo *El Malo*, que cuadraba perfectamente á vuestra cara. El año 74 os otorgamos, con gran disgusto de la nobleza, armas de mil colores, y vuestro pecho se parece al de un pavo real. Páscoa de Dios! ¿y aun no estais satisfecho? ¿No fué vuestra pesca bastante abundante y prodigiosa? ¿No temeis que un salmón más haga zozobrar vuestra lancha? El orgullo os perderá, porque á éste le siguen siempre de cerca la ruina y el oprobio. Tened esto presente y callad.

Estas palabras, que el rey pronunció con serenidad, dieron la expresión de la insolencia á la despechada fisonomía de maese Olivier.

—Bien está, murmuró en voz alta; se conoce que hoy está enfermo el rey, porque todo es para el médico.

Luis XI, en vez de irritarse de semejante insolencia, repuso con bastante amabilidad:

—Ah! se me olvidaba que tambien os nombré mi embajador en Gante cerca de madama María.—Sí, señores, añadió el rey, volviéndose hácia los flamencos; maese Olivier ha sido mi embajador.—Ya vá siendo tarde y hemos terminado nuestros quehaceres.—Afeitame.

Sin duda nuestros lectores han reconocido antes de ahora en Olivier al Fígaro terrible que la Providencia, esa gran compositora de dramas, introdujo ingeniosamente en la larga y sangrienta comedia de Luis XI. No es este sitio á propósito para desarrollar el carácter de aquel singular personaje. El barbero del rey tenía tres nombres: en la corte le llamaban cortésmente Olivier el Gano; el pueblo le llamaba Olivier el Diablo, pero su verdadero nombre era Olivier el Malo.

Olivier el Malo permaneció inmóvil, murmurando contra el rey y mirando de reojo á Santiago Coictier.

—Sí, sí, el médico, decia entre dientes.

—Sí, señor, el médico, repuso Luis XI con singular sencillez; el médico tiene aun más influjo que tú, y es natural; él nos tiene cogido por todo el cuerpo y tú nada más que por la barba. Anda, pobre barbero mio, ya se remediará esto. ¿Qué dirias tú y qué seria de tu empleo si yo fuese un rey como Chilperico, cuyo gesto habitual era tener cogida la barba con la mano?—Ea, afeitame. Anda á buscar lo necesario.

Viendo Olivier que el rey lo tomaba á broma y que no lograba incomodarle, salió gruñendo á ejecutar sus órdenes.

El rey se levantó, se acercó á la ventana, abrióla de pronto con extraordinaria agitación y exclamó:

—Mirad en el cielo una claridad rojiza por el lado de la Cité. Sin duda es la bailía que arde, no puede ser otra cosa. Ah! mi buen pueblo me ayuda á derribar los señoríos.

Volviéndose hacia los flamencos, les dijo:

—Señores, venid á ver esto: ¿no es de incendio aquel resplandor rojizo?

Los dos ganteses se acercaron.

—Es un incendio terrible, dijo Guillermo Rym.

—Esto me recuerda, añadió Coppenole, el incendio de la casa del señor de Humbercourt. Sin duda está allí la rebelión.

—No es cierto, maese Coppenole? Verdad que será difícil resistirla? dijo Luis XI, cuya mirada era tan alegre como la del calcetero.

—Creo que vuestra majestad verá estropeadas por esa gente muchas compañías.

—Eso ya es diferente... si yo quisiera... El calcetero contestó con osadía:

—Si esa rebelión fuera lo que yo supongo, aunque quisierais, señor, no acobaríais con ella.

—Maese Coppenole, con dos compañías de mi guardia y con descargas de culebrinas se sujeta fácilmente á un populacho de villanos.

El calcetero, por más señas que le hacia Guillermo Rym, estaba decidido á contradecir al rey, y replicó:

—Señor, los suizos tambien eran villanos; el señor duque de Borgoña era un gran caballero y despreciaba á esa canalla. En la batalla de Grandson gritaba: "Artilleros, fuego sobre esos villanos!", y juraba por San Jorge. Pero el representante Scharnachtal se arrojó sobre el

hermoso duque con su maza y con su pueblo, y del choque de paisanos, cubiertos con pieles de búfalo, con el brillante ejército borgoñon, resultó que éste se hizo pedazos como un vidrio cuando se le pega con una piedra. En aquel encuentro murieron muchos caballeros á manos de los villanos, y encontraron al señor Chateauguyon, que era el primer baron de la Borgoña, muerto con su caballo de batalla sobre un pantano.

—Maese Coppenole, vos habláis de una batalla y yo me refiero á un motin, que terminaré en cuanto me ocurra arrugar las cejas.

El calcetero contestó con indiferencia: —Puede ser, señor; eso querrá decir que aun no ha llegado la hora del pueblo.

Guillermo Rym creyó que debía intervenir.

—Maese Coppenole, habláis á un poderoso monarca.

—Lo sé, respondió gravemente el calcetero.

—Dejadle hablar, amigo Rym, contestó el rey; me gusta esa franqueza. Mi padre Carlos VII decia que la verdad estaba enferma, yo creia que habia muerto sin encontrar confesor, pero maese Coppenole me desengaña.

Puso familiarmente la mano en el hombro de éste y añadió:

—Conque deciais, maese Santiago...

—Digo, señor, que quizá tengais razon; pero que en Francia la hora del pueblo no ha llegado todavia.

Luis XI le clavó sus penetrantes ojos preguntándole:

—Y cuándo llegará esa hora?

—Ya la oireis sonar.

—Y en qué reloj, maese Santiago?

Coppenole, con su aspecto tranquilo y rústico, hizo que el rey se acercase á la ventana, y le dijo:

—Escuchad, señor. Aquí hay una fortaleza, una campana, cañones, ciudadanos y soldados; cuando resuene la campana, cuando retumben los cañones, cuando se derrumbe la fortaleza, cuando los soldados se choquen y se aniquilen mutuamente, es cuando esa hora habrá llegado.

El rostro de Luis XI quedó sombrío y meditabundo; permaneció un momento silencioso y luego golpeó suavemente con la mano en la espesa pared de la fortaleza.

—Oh, no! exclamó. ¿Verdad que no te derrumbarás con tanta facilidad, amiga Bastilla? Volviéndose despues bruscamente al audaz flamenco, le preguntó:

—¿Habeis presenciado alguna rebelion?

—Y las he fraguado, contestó el calcetero.

—¿Qué es lo que hacéis para fraguallas?

—No es cosa muy difícil, respondió

Coppenole. En primer lugar se necesita para esto que el pueblo esté descontento, y esto no es raro; luego ha de tenerse en cuenta el carácter de los habitantes; los de Gante son excelentes para una rebelion: siempre profesan cariño al hijo del príncipe, pero al príncipe nunca. Una mañana entran en mi tienda, por ejemplo, y me dicen: Maese Coppenole, hay esto, ú esto otro, ó lo de más allá; la princesa de Flandes quiere salvar á sus ministros; el bailío mayor dobla el precio del grano, ó cosa por el estilo. Entonces dejo mi faena, salgo de la calcetería y voy por las calles y grito: Saqueo! saqueo! Nunca falta por allí alguna barrica vieja; me encaramo en ella y digo en voz muy alta todo lo que se me ocurre, todo lo que me aflige, porque el pueblo siempre tiene algo que le aflija. Entonces se amotina la gente á mi alrededor, se grita mucho, se toca á rebato, se arma el pueblo con las armas de los soldados y... adelante. Siempre sucederá así, mientras existan señores en los señoríos, aldeanos en las aldeas y campesinos en el campo.

—Contra quién os rebelais así? preguntó el rey. Contra vuestros bailios?

—Contra vuestros señores?

—Conforme y segun. Algunas veces tambien nos rebelamos contra el duque.

Luis XI se sentó y repuso sonriendo:

—Aquí no se han rebelado aun más que contra los bailios.

En este momento entró Olivier el Gamo, seguido de dos pajes que traian las toallas del rey; pero chocó al monarca ver que venia acompañado del preboste de Paris y del jefe de la ronda, los que parecian consternados; el rencoroso barbero tambien aparentaba estarlo, pero no podia disimular su interior alegría:

—Señor, dijo, pido perdon á vuestra majestad por la calamitosa noticia que le traigo.

El rey, al volverse de frente, rozó la estera del pavimento con los pies del sillón:

—¿Qué noticia es esa?

—Señor, repuso Olivier, con la expresion maligna del que se alegra de tener que dar una mala noticia; esa sedicion

popular no es contra el bailío del Palacio.

—Pues contra quién?

—Contra vos, señor.

El anciano monarca se puso en pié y erguido como un mancebo.

—Explicaos, Olivier, y ¡guardad la cabeza!, porque os juro por la cruz de Saint-Lô que si mentís en este momento, la espada que cortó el cuello del señor de Luxemburgo, que aun no está mellada, cortará tambien el vuestro.

Este juramento era temible en boca de Luis XI, que solo lo hizo dos veces en su vida.

—Señor...

—Híncate de rodillas! le dijo el rey con violencia. Tristán, vigilad á este hombre.

Se arrodilló Olivier y dijo con frialdad:

—Señor, el tribunal del Parlamento condenó á muerte á una hechicera; ésta se refugió tomando asilo en Nuestra Señora, y el pueblo la quiere sacar de allí á viva fuerza. El señor preboste y el señor jefe de la ronda, que vienen del sitio de la rebelion, están presentes y me desmentirán si no digo la verdad. El pueblo está sitiando á Nuestra Señora.

—Páscoa de Dios! dijo el rey en voz baja, pálido y temblando de cólera. ¡Sitiando á Nuestra Señora! Luego, alzando la voz, añadió:

—¡Están sitiando en su Catedral á Nuestra Señora, mi celeste Patrona!— Levántate, Olivier, tienes razon; te concedo el empleo de Simon Radin, tienes razon.—Contra mí se rebelan; la hechicera está bajo la salvaguardia de la iglesia y la iglesia bajo mi salvaguardia. ¡Creia que la rebelion era contra el bailío y es contra mí!.

Reanimado por el furor, Luis XI paseaba la estancia á grandes pasos; cesó de reir; estaba terrible... iba y venia... la zorra se habia convertido en hiena. Estaba tan sofocado que no podia hablar; sus labios se movian, sus puños descarnados se crispaban: de pronto levantó la cabeza: sus ojos hundidos brillaron como dos áscuas y su voz resonó como un timbal.

—A sangre y fuego, Tristán! exclamó. ¡A sangre y fuego contra esos bribones! ¡Anda, amigo mio; mata y degüella!

Pasada esta erupcion, volvió á sentarse y dijo con rabia fria y concentrada:

—Venid aquí, Tristán. Aquí, en la Bastilla, hay cincuenta lanzas del vizconde de Gif, que componen un total de

trescientos caballos; lleváoslos. Tambien está la compañía de los arqueros de nuestra guardia del señor de Chateaupers; lleváosla tambien. Sois preboste de los mariscales y mandais á los soldados del prebostazgo; que vayan tambien con vos, así como tambien los cuarenta arqueros de la guardia del delfin, que están en el edificio de San Pablo. Contra toda esa gente id corriendo hasta Nuestra Señora. Ya que los villanos de Paris se lanzan contra la corona de Francia, contra la santidad de Nuestra Señora y contra la paz de la república, ¡exterminadlos, Tristán, exterminadlos! ¡que no se escape ninguno más que para ir á Montfaucon!

Tristán se inclinó.

—Bien está, señor. ¿Qué he de hacer de la hechicera?

—De la hechicera?... Señor de Estonteville, ¿el pueblo qué quiere hacer de ella?

—Señor, contestó el preboste de Paris, supongo que, pues vá á arrancarla del asilo de Nuestra Señora, es porque le irrita la impunidad y querrá ahorrarla.

El rey reflexionó, y despues, dirigiéndose á Tristán l' Hermitte, le dijo:

—En ese caso, extermina al pueblo y ahorca á la hechicera.

—Eso es, dijo Rym en voz baja á Coppenole, castigar al pueblo y hacer lo que él quiere.

—Estoy enterado. Si la hechicera está todavia en Nuestra Señora, ¿puedo prenderla, á pesar del derecho de asilo?

—Páscoa de Dios con el asilo! exclamó el rey rascándose la oreja. Sin embargo, es preciso ahorcar á esa gitana.

De repente le asaltó una idea; se puso de rodillas delante del sillón, se quitó el sombrero, dejóle sobre el asiento y, mirando con devocion á uno de los amuletos de plomo que le rodeaban, exclamó, cruzando las manos:

—Nuestra Señora de Paris, perdonadme; mi celeste Patrona, perdonadme, que ya no lo volveré á hacer. Es indispensable castigar á esa criminal, y yo os aseguro que es una hechicera indigna de vuestra proteccion. Bien sabeis, Señora, que muchos príncipes piadosos han traspasado el privilegio de las iglesias por la gloria de Dios y por la necesidad del Estado. San Hugo, obispo de Inglaterra, permitió que el rey Eduardo sacase un mágico de su iglesia. San Luis de Francia holló por la misma causa la iglesia de San Pablo, y el Sr. Alfonso,

hijo del rey de Jerusalem, la iglesia misma del Santo Sepulcro. Perdóneme, pues, por esta vez Nuestra Señora de Paris; ya no lo volveré á hacer, y yo os regalaré una bellísima estatua de plata, semejante á la que regalé el año pasado á Nuestra Señora de Econys. Amén.

Hizo la señal de la cruz, se puso en pié, se cubrió y dijo á Tristán:

—Daos prisa; que vaya con vos el capitán Febo de Chateaupers; que toquen á rebato; destrozad al populacho y ahorcad á la hechicera; quiero que vos mismo os encarguéis del trabajo de la ejecucion. Me respondeis de todo.—Ven, Olivier; esta noche no me acuesto; aféitate.

Inclinóse Tristán l' Hermita y salió; entonces el rey, despidiendo con la mano á Rym y á Coppenole, les dijo:

—Guárdeos Dios, señores. Id á descansar un poco, que la noche está ya muy adelantada y falta poco para amanecer.

Los embajadores se retiraron, y al dirigirse á sus respectivas habitaciones, conducidos por el capitán de la Bastilla, decia Coppenole á Guillermo Rym:

—Yo ya estoy harto de este rey que tose. He visto borracho á Carlos de Borgoña y no era tan malo como Luis XI enfermo.

—Maese Santiago, le contestó Rym, habeis de saber que los reyes tienen el vino menos cruel que las tisanas.

VI.

Luz de bromal

Al salir Gringoire de la Bastilla bajó por la calle de San Antonio con la velocidad de un caballo desbocado. Al llegar á la puerta Bandoyer fuése en derechura á la cruz de piedra erigida en mitad de dicha plaza, como si hubiese distinguido en la oscuridad la figura de un hombre vestido y encapuchado de negro, que estaba sentado en las gradas de la cruz.

—Sois vos, señor maestro? le preguntó Gringoire.

El personaje vestido de negro se puso en pié y contestó:

—Voto á brios! ¡ya me tienes desesperado! El vigía de la torre de San Gervasio acaba de anunciar la una y media de la madrugada.

—No fué mia la culpa, sino de la ronda y del rey, contestó Gringoire. ¡De buena he escapado! Siempre estoy próxi-

mo á ser ahorcado. ¡Es mi terrible predestinacion!

—Estás próximo á todo siempre... pero no perdamos el tiempo. ¿Sabes el santo y seña?

—Figuraos que he visto al rey... ahora vengo de allí... Me sucedió una verdadera aventura.

—Basta de charla... ¿qué me importa esa aventura? Dime el santo de los hampones.

—Lo sé... sosegaos; luz de broma.

—Sin saberlo no podríamos penetrar en la iglesia, porque los hampones ocupan todas las calles alrededor de ella. Afortunadamente encontraron resistencia... aun puede que lleguemos á tiempo.

—Sí, señor. ¿Pero cómo entraremos en Nuestra Señora?

—Tengo la llave de las torres.

—Y cómo saldremos?

—Hay detrás del claustro una puertecilla que dá sobre el Terreno, junto al rio. Tengo la llave de esa puerta, y esta mañana amaré una lancha á la orilla.

—Cáspita! Por poco me ahorcan! repitió Gringoire.

—Vamos pronto, despachemos, dijo el otro.

Ambos se dirigieron apresuradamente hácia la Cité.

VII.

Chateaupers, á ellos!

El lector recordará la crítica situación en que dejamos á Quasimodo. El intrépido sordo, acosado por todas partes, habia perdido, sino el valor, la esperanza de salvar, no su persona (pues en esto no pensaba), sino á la gitana. Corrió sin tino de uno á otro lado de la galería. Nuestra Señora iba á caer ya en manos de los hampones, cuando de pronto resonó en las calles inmediatas un gran galope de caballos que, iluminados por una larga fila de hachas y llevando una espesa columna de ginetes á escape y lanza en ristre, desembocaron en la plaza como un huracan, gritando furiosos: Viva Francia!

—Acuchillad á la canalla! ¡Chateaupers y á ellos!

Aterrados los hampones, dieron media vuelta.

Quasimodo, que no podia oír, vió relucir las espadas desnudas y las puntas de las picas; contempló las hachas encendidas y la caballería, á cuyo frente

iba el capitán Febo; vió la confusion de los sitiadores, el espanto de unos y la decision de los más atrevidos, y con socorro tan inesperado recobró tanta fuerza, que lanzó fuera de la iglesia á los primeros enemigos, que ya penetraban por la galería.

Eran, en efecto, las tropas del rey, que acudian á librar del sitio á Nuestra Señora.

Pelearon los hampones como valientes, defendiéndose como gente desesperada. Atacados por el flanco por la calle de San Pedro y por la retaguardia por la calle del Atrio; arrinconados contra Nuestra Señora, que sitiaban aun y que Quasimodo defendia; sitiados al mismo tiempo que sitiadores, se hallaban en la misma situacion que se encontró después el conde Enrique de Harcourt en el famoso sitio de Turin, en 1640, entre el príncipe Tomás de Saboya, á quien sitiaba, y el marqués de Léganés, que le bloqueaba á él.

La lid fué horrorosa. A carne de lobo diente de perro, como dice el historiador Pedro Mathieu. La caballería del rey, á cuya cabeza se batia con valor Febo de Chateaupers, no daba cuartel á nadie, y el hacha concluía con los que escapaban de la espada. Los hampones, mal armados, rabiaban y mordian. Hombres, mujeres y niños se arrojaban á las grupas y á los pechos de los caballos, agarrándose á ellos como los gatos, con los dientes y con las uñas. Unos sacudian las antorchas en las caras de los arqueros; otros clavaban garfios de hierro en el cuello de los ginetes y los derribaban de sus monturas; los que caian al suelo eran hechos pedazos. Un hampon llevaba una gran hoz ancha y reluciente, y cortó durante mucho rato las piernas de los caballos. Este bandido era horroroso: con voz gangosa entonaba una cancion, al mismo tiempo que manejaba la hoz con rapidez; á cada golpe trazaba en derredor suyo un gran círculo de miembros cortados. De este modo consiguió llegar hasta el centro de la caballería con la tranquila lentitud y la respiracion regular del segador que siega un campo de trigo. Este hombre era Clopin Trouillefon: un tiro de arcabuz dió fin á sus hazañas y á su vida.

Entre tanto se iban abriendo las ventanas de las casas. Los vecinos, al oír el grito de guerra de los soldados del rey, tomaron parte en la accion, y de todos los pisos llovian balas sobre los hampones. La plaza del Atrio estaba llena de

humo espeso, que sulcaba con listas de fuego la mosquetería, viéndose apenas la fachada de Nuestra Señora y el Hospital, en el que algunos enfermos macilentos se asomaban á contemplar esta escena desde las buhardillas.

Al fin cedieron los hampones. El cansancio, la falta de buenas armas, el espanto de la sorpresa, el tiroteo de las ventanas, el terrible choque con las tropas del rey, todo esto contribuyó á desalentarlos. Forzaron la línea de sus enemigos y echaron á huir en todas direcciones, dejando en la plaza del Atrio inmenso monton de cadáveres.

Cuando Quasimodo, que no dejó un momento de pelear, vió la derrota de los hampones, se arrojó y alzó las manos al cielo; después, loco de alegría, echó á correr y subió con la velocidad de un pájaro á la celda, cuyas cercanías acababa de defender con heróica intrepidez. Solo un pensamiento le ocupaba: el de hincarse de rodillas ante la mujer que por segunda vez salvaba.

Cuando llegó y entró en la celda, la encontró vacía.

LIBRO ONCENO

I.

El zapatito.

Mientras los hampones estaban sitiando la Catedral, Esmeralda dormia. Pero pronto la despertaron el extrépito que se oía y los balidos de la cabra, que se despertó antes que ella. Incorporóse en la cama, aplicó el oído y miró en torno de sí, quedando aterrada del estruendo, que resonaba hasta dentro de la iglesia, y del resplandor que veía; se levantó y salió de la celda á averiguar lo que era aquello. El aspecto de la plaza, el desorden del asalto nocturno, la multitud asquerosa, saltando como una nube de ranas en la oscuridad; la vocinglería de la ronca muchedumbre, las antorchas rojizas que corrian y se cruzaban, toda aquella escena, en fin, le parecia misteriosa batalla trabada entre los fantasmas del sábado y los monstruos de piedra de la Catedral. Imbuida desde la niñez en las supersticiones de su tribu, lo primero que creyó fué que habia sorprendido en sus maleficios á esos extraños seres, hijos de la noche.